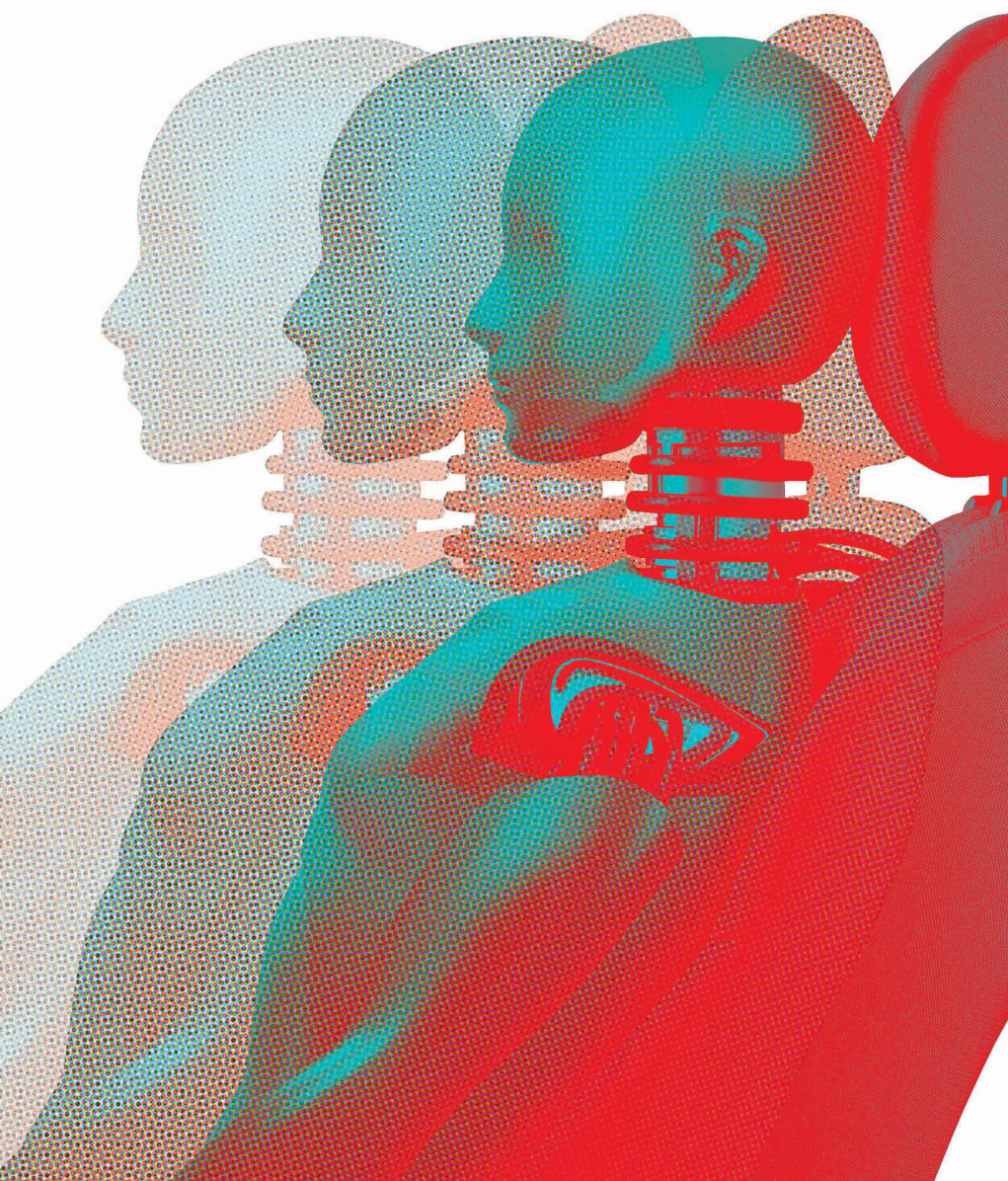


Santiago Roncagliolo

El accidente





Seix Barral Biblioteca Breve

Santiago Roncagliolo

El accidente

Claro que me conoces. Has escuchado hablar de mí. Quizá no recuerdes mi nombre, Maritza Fontana, pero nunca olvidarás los titulares en la prensa. Los comentarios en la televisión. Los apodos que me ponían en las redes sociales, donde todo el mundo puede opinar de las cosas aunque no sepa nada de ellas.

Soy la mujer salvaje. ¿Te dice algo eso? Soy la psicópata. La mafiosa. La madre que metió a sus hijas en una espiral de violencia y horror. La que dejó todo por el atractivo del riesgo. La puta, claro, aunque esa palabra se la cuelgan a cualquiera que desee ser diferente. A las que no se conforman. Porque esas mujeres, precisamente esas, les dan miedo a los demás.

Es curioso que no exista una palabra equivalente para los hombres. ¿Nunca lo has pensado? «Putas» lo engloba todo: mala, traidora, estúpida. Y, sin embargo, es una palabra tan breve. Y tan concreta. En esencia, simplemente quiere decir: «mujer que tiene sexo por dinero». Justo lo que yo no hice. Justo lo que casi ningún hombre puede hacer.

Pero me estoy adelantando.

En realidad, aunque me conozcas, a estas alturas debes haber olvidado los detalles de mi historia. Quizá ni siquiera estés pensando en mi caso. Esa es otra cosa que suele pasar. Después de un tiempo, la gente confunde los titulares de cada historia con los de las demás: les parece que soy la estrella de la música folclórica que mató a su amante en un ataque de celos. La primera dama que pagó sus compras con la tarjeta de crédito de su amigo corrupto. La chica que mató a su madre y luego montó una fiesta en su casa. En el universo de la prensa amarilla, todas nos volvemos del mismo color. Solo somos un capítulo más de la misma telenovela, una nueva entrega de los escándalos intercambiables de la mañana.

Debo admitir que mi caso tuvo un añadido muy mediático: fue un escándalo de «gente bien». Apellidos importantes fueron sonando junto al mío con cada nueva revelación, cada especulación y cada rumor. Al público le gusta mucho eso. Las personas piensan que los que «triunfan en la vida» no tienen problemas. Te ven con un vestido de marca, con unos aretes Cartier, y asumen que solo te mueves entre gente bonita y buena. Para el público, el dinero atrae la bondad. Quienes lo tienen, se rodean de personas que no mienten, ni asustan, ni inquietan. Porque esas son cosas de pobres, ¿verdad? Seguro que tú también lo piensas.

Pues es mentira. Una mentira tan grande como una catedral.

De hecho, si hay que poner un comienzo a mi historia, supongo que fue bastante glamuroso. Lo que fuera que ocurrió esa noche, tuvo lugar durante mi mejor momento, la cúspide de mi carrera, la celebración de un momento único. Supongo que a la vida le gusta hacernos eso. Espera a que nos descuidemos, que nos relajemos, que nos olvidemos de su acecho. Y en ese preciso instante...

A veces, cierro los ojos y me imagino que he vuelto ahí: cinco minutos antes de la noticia. Cuando aún podía mantener la vista en el horizonte y el rumbo de mi futuro fijo hacia delante.

Cuando pienso en ese momento, vienen a mi memoria los olores: Eau Sauvage, de Dior, Romance, de Ralph Lauren, Acqua di Gio. Los efluvios del éxito. Donde estoy ahora, solo huele a sudor, tristeza, y en el mejor de los casos, a desinfectante de letrinas. ¡Cómo echo de menos todos esos otros aromas!

También recuerdo los sonidos: copas chocando, risas, manos estrechándose. La música de la vida social. Tan diferente a los sonidos de aquí, ¿verdad? Aquí, lo menos deprimente que suena es el maldito reguetón. Y suena todo el maldito día.

Se inauguraba mi primer negocio propio: El Remanso, un nuevo hotel *boutique* en pleno Bosque del Olivar, de San Isidro. El lugar perfecto para

celebridades que buscan lujo discreto en el corazón comercial de la ciudad.

El Remanso representaba un hito en mi vida. Yo llevaba veinte años trabajando en el mejor bufete de abogados de Lima, hasta llegar a socia principal. Ya conocía a todos los líderes del sector empresarial limeño. Sentía que había llegado mi hora de formar parte de ellos... y ahí los tenía, dándome la bienvenida a su mundo.

—¡Carlos! ¡Bienvenido!

—Maritza, este lugar es perfecto.

—No, y espera que te quedes a dormir... ¡Hola, Marité!

—Maritza, ¿de dónde has sacado esas alfombras?

—Es un secretito. Si te portas bien, te lo contaré.

—¿Has visto a Lourdes? Ha venido sola.

—No me extraña. No creo que su marido la aguante.

Tener dinero, en un país como el mío, es más exclusivo que en cualquiera otra parte. El círculo es muy pequeño: se reduce a un par de urbanizaciones, una avenida de tiendas, tres clubes, o más bien, tres locales del mismo club. Prácticamente, todos somos primos. Mi marido Rodolfo solía bromear diciendo que en Lima toda infidelidad corre el riesgo de ser un incesto. Su chiste me dejó de hacer gracia hace ya un tiempo. Pero ya te contaré de eso. Total, aquí no corre prisa.

Esa noche, en mi pequeño paraíso de los fotó-

grafos de página social, estaba todo el mundo: los Miró Quesada, los Aliaga, los Aramburú... Mari-pili Kirschhausen, Sofía Rivasplata, Aurelio Quintero-Grosmann. Todos... menos una. La única que no podía faltar: mi hija.

—¿Dónde se ha metido Patricia? —le pregunté a mi esposo.

—No ha llegado. Ya sabes cómo es. No tardará.

A él no le parecía demasiado importante. A él nada le parecía suficientemente importante. Sobre todo, con una copa en la mano.

—¿Qué estás bebiendo? ¿Más champán? Rodolfo, no te estarás pasando con las copas, ¿no?

—Maritza, soy un adulto. Deja de decirme qué hacer.

—Esta noche es muy importante. No quiero espectáculos, ¿ok?

—Entonces, no des uno.

—Rodolfo, no creas que me voy a quedar aquí tan tranquila mientras tú... ¡Hola, Chiqui! ¡Qué bueno que hayas podido venir! Pasa, sítete un trago.

El problema de vivir en un mundo muy pequeño es que todos sus habitantes se están mirando unos a otros todo el tiempo. Los detalles más mínimos cobran una importancia desmesurada. Las arrugas de la falda, las medias corridas, las manchas de labial en los dientes... y, por supuesto, las peleas conyugales. Mi familia vivía bajo un microscopio, expuesta a las miradas indiscretas de

todos los demás microorganismos de nuestro ecosistema.

Aunque bueno, en eso, mi vida no ha cambiado mucho. Salvo porque aquí la calidad de las telas es mucho más corriente.

Volviendo a la noche fatídica, quienes creen que las fiestas son para relajarse no han organizado una. La inauguración de El Remanso fue una de las ocasiones más estresantes de mi vida. Me pasé meses organizando una velada perfecta. Y al final, todo lo que pudo salir mal, salió pésimo. Incluyendo lo de los platos.

—¡Liliana! Pero ¿qué está pasando aquí? ¡Esta vajilla era de porcelana!

—Mamá, me aburro.

Esa es Liliana. Seis años. Ya a esa edad, yo le había comprado una bebé *reborn*, una casa de muñecas de dos metros de altura, una moto infantil eléctrica, un PlayStation y una infinidad de pasajes y estadías en Disney. Mi hija poseía más patrimonio que la provincia de Moquegua. ¿Y cuál era la frase que repetía más veces al día?: «Me aburro».

—¿Dónde está tu nana?

—Me he escapado de ella.

—Querida, tengo que atender a mucha gente. Por favor, compórtate. ¡Pascuala, controla a la niña, por Dios! ¿Es que tengo que ocuparme yo de todo?

—Ay, perdón, señora. Es que esta niña es como una bala.

Nanas. Les confías a tus hijos, que son lo más importante que tienes. Les ofreces acceso a una sociedad que nunca podrían haber ni soñado. Les compras un uniforme blanco precioso, con sus medias de borlas. Y cuando más las necesitas, se han largado a la esquina a besuquearse con su novio el bodeguero. Seguro.

—Por cierto, ¿has visto a Patricia?

—No, señora.

Otra cosa de las nanas: nunca saben. No tienen la respuesta a ninguna pregunta.

—Pero ¿dónde se puede haber metido? ¿Me lo estará haciendo a propósito?

Aquí metió su nariz Rodolfo, siempre tan oportuno:

—Si no le hubieras comprado un Alfa Romeo a los dieciocho años, a lo mejor no se habría movido de aquí.

—Es verdad —le contesté—, debería habértelo comprado a ti.

Precisamente entonces, apareció la arpía de Mari Gabi del Río. Pude sentir el ojo en el microscopio, como un gigantesco sol sobre mi cabeza.

—¿Y Patricia? ¿No ha venido?

Tuve que colocarme con calzador mi mejor sonrisa, apretarla contra los extremos de mis labios y atornillarla ahí, tratando de que no se me descascarasen las paredes de la cara.

—Está a punto de llegar, querida. Ya sabes cómo son las adolescentes. Se les pasea el alma.

—¡Qué pena! —dijo la mala pécora esa, feliz de encender su taladro para perforarme el ánimo—. Justo en tu noche más importante. Espero que no se la pierda.

«Y yo espero que te claves uno de tus tacones en la yugular», pensé.

Pero eso no se lo dije.

¿Dónde carajo estaba Patricia?

Sin duda, en ese planeta a millones de años luz de mí que era su propia existencia.

Esa tarde, mi hija y yo habíamos tenido una pelea terrible sobre el futuro, sobre *su* futuro. Yo le recriminé que andaba muy dispersa, y que debía estudiar y trabajar muy duro para llegar a ser alguien. Ella respondió:

—Yo ya soy alguien. Tú lo que quieres es que sea tú. Y ese plan me da asco.

Dijo «asco». Ya sé que son cosas que los chicos dicen sin pensar. La adolescencia es una edad de rebeldía y todo eso. Pero me afectó de todos modos. Discutimos, más bien gritamos, hasta que ella salió de la casa dando un portazo. Y ahí seguía, en algún lugar del mundo exterior, deliberadamente ausente mientras se acercaba la hora de mi discurso, es decir, el preciso lapso en que los microscopios afinaban sus lentes para captar cualquier imperfección de mi parte, el más pequeño deslíz.

¿Por qué iba Patricia a asistir a la inauguración del hotel de su madre? ¿Solo porque era la ocasión

más importante de mi vida? ¿Porque yo necesitaba sentirme arropada por toda mi familia en este momento especial? ¿Porque quería compartirlo con mis seres queridos? ¿Y a quién le importa todo eso? A los dieciocho años, una persona no es una persona: es un monstruo de egoísmo. Todo su mundo, sus horizontes, sus proyectos, sus deseos y sus miedos empiezan y terminan en su propio ombligo.

Si tienes hijos, ya sabrás cómo funciona esto. Pero en ese momento, yo aún no lo sabía. Ahora entiendo que no sabía nada de las cosas importantes. Y no tenía previsto aprenderlas esa misma noche. Tenía otras urgencias.

—Rodolfo, por favor, localiza a Patricia.

—Ella ya sabe que estamos aquí.

—Quizá lo ha olvidado, Rodolfo. Esa chica vive distraída.

—No contesta al teléfono.

—¿Tampoco en esto vas a apoyarme, Rodolfo? ¿Ni siquiera en esto?

Fui al baño. No podía lavarme la cara porque llevaba encima todo el maquillaje, pero me refresqué con agua de colonia y me retoqué. Ya que no iba a recuperar la calma en toda la noche, necesitaba al menos recuperar el aspecto de calma. Conté hasta cincuenta. Me encerré en el baño y apliqué una técnica de respiración de yoga que había aprendido por cien dólares la hora con un supuesto gurú hindú de sospechoso acento colombiano.

A la mitad de los ejercicios, estuve a punto de echarme a llorar. Mi rostro quería explotar, pero pensé en el estropicio de los cosméticos y traté de contenerme. A pesar de mis esfuerzos, algunas lágrimas intentaron derramarse de mis ojos. Alcé la vista hacia el techo. Con la punta de la uña, recogí las gotas de la esquina de mis pestañas.

Con la precisión de un ingeniero hidráulico, logré salvar toda la pintura de ojos. Justo entonces, sonaron unos golpecitos en la puerta del baño.

—¿Maritza? ¿Estás ahí?

Inés. Su voz siempre me transmitía confianza. Era segura, firme, sólida como un balance trimestral.

Inés trabajaba para mí en el estudio desde antes de graduarse en Derecho, y en solo dos años, se había convertido en mi persona de confianza para el negocio del hotel, y de paso, en mi confidente más cercana. Me recordaba a mí misma a su edad: llena de ambición y ganas de trabajar. Por supuesto, a veces me asaltaba la idea de que yo necesitaba amigas, en el sentido de «personas con las que se puede hablar de temas personales y que no estén en la nómina de sueldos de cada fin de mes». Pero ese pensamiento nunca duraba mucho en mi mente. Al fin y al cabo, yo apenas hablaba de temas personales. La vida me parecía demasiado corta para desperdiciarla con psicoanálisis baratos, menos aún, gratuitos.

Así que no le dije a Inés que estaba a punto de

llorar. Yo no hacía esas cosas. Yo era fuerte. Yo era el tipo de persona que se tragaba las penas, se aclaraba la voz y, con el tono más frío posible, preguntaba:

—¿Todo bien ahí afuera? ¿Los invitados se divierten?

—Creo que ya están todos. Y todavía no están borrachos. Es una buena hora para tu discurso.

No quise preguntar. No debí preguntar. No, no podía preguntar. Pero pregunté:

—¿Ha llegado Patricia?

—Creo que no. ¿Quieres que mande a un chofer a buscarla en algún sitio?

—No, solo tenía curiosidad. Ya vendrá.

Un largo silencio cayó sobre nosotras, como si el techo se hundiese.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Por un momento, estuve a punto de decirle a Inés que no, que no estaba bien. Que me sentía resquebrajar por dentro, como si una grieta me recorriese la columna vertebral. Que todo se estaba derrumbando a mi alrededor. Que el suelo se hundía bajo mis pies, y yo caía y caía, sin llegar a tocar el fondo nunca. Que necesitaba que alguien ahí arriba me arrojase una soga, me la amarrase a la cintura y tirase de mí hacia el exterior. Pero, por supuesto, solo dije:

—Estoy perfectamente. Reúne a todos y espérenme afuera.

—Está hecho.

A partir de ese momento, las cosas ocurrieron

en cámara lenta. Arrojé al escusado el papel higiénico con el que me había sonado la nariz. Al tirar de la cadena, me quedé mirándolo naufragar poco a poco, en medio de la tormenta del sanitario. Abrí la puerta del retrete, y luego la del baño, todo muy pausadamente, como si me dirigiera a la guillotina.

Dicen que una madre percibe lo que ocurre con sus descendientes aunque no lo sepa a ciencia cierta. He leído sobre madres que han sentido un dolor en el pecho en el momento de la muerte de sus pequeños. O que han sufrido pesadillas una noche, mientras los ladrones entraban en las casas de sus hijos adultos. Puede ser una superstición, o un recuerdo sembrado después de la tragedia. O también puede ser lo que me estaba ocurriendo a mí mientras se acercaba mi momento estelar.

Inés ya había pedido la atención de los invitados y comenzaba a presentarme. Sus palabras llegaban a mis oídos como si hablase debajo del agua:

—Bienvenidos a El Remanso. Este hermoso lugar, con esta bellísima colección de pintura peruana y esta selecta carta de vinos y cocteles, es producto de un sueño. El sueño de una mujer que nunca se ha dado por vencida, sin importar lo duro que sea el reto.

Los aplausos y sonrisas formaron un túnel para dejarme pasar. En un rincón, vislumbré a la chismosa de Mari Gabi del Río. Miraba en mi dirección y se reía mientras cuchicheaba al oído de una

de sus amigas. No podía estarse riendo de mi vestido, ¿verdad? Era un Carolina Herrera rojo, a juego con los rubíes de los aretes. Las pulseras y el collar estaban hechos de oro blanco, para no distraer del brillo del vestido. No. Mari Gabi no podía estar riéndose de mi apariencia. Debía estar burlándose de algo *dentro* de mí.

Inés continuaba:

—Maritza Fontana representa la mujer de hoy, que no tiene que escoger entre trabajar o formar una familia. Puede ser exitosa en todos los ámbitos de la vida que se proponga. Porque el siglo **xxi** es nuestro. Sobre todo, tuyo, Maritza.

Flashes de fotos. Silbidos de admiración. Y en el fondo, mi hija Liliana trepándose a una de las lámparas Biosca & Botey traídas especialmente de Barcelona. No supe si angustiarme porque la niña podía electrocutarse o por la factura de la iluminación. Por supuesto, su nana no figuraba por ninguna parte. A lo mejor andaba en la cocina, atiborrándose de canapés.

Inés continuaba:

—Para las demás mujeres, tu ejemplo es una inspiración constante. Tu éxito nos anima a ser cada día mejores empresarias, mejores profesionales, mejores mujeres.

Rodolfo no se había colocado en la primera fila, listo para animarme durante mi intervención. Mientras yo fingía una sonrisa para todos los asistentes, busqué a mi esposo entre ellos. No tardé en

encontrarlo en el único lugar donde podía estar: pegado a las faldas de una de las chicas que servía las copas, bromeando con ella, con la mano en el bolsillo, el gesto irónico a media boca y el mechón rebelde sobre la frente. Como si yo no estuviese a punto de aparecer en público. Como si yo no estuviese, sin más, en ninguna parte.

—¡Y ahora, con ustedes, Maritza Fontana!

Los aplausos y las miradas de aliento me arrojaron hasta el rincón. De repente, mi vida parecía ocurrir muy lejos de mí. Traté de concentrarme en lo que iba a decir. Me pareció una tarea agotadora. Pero había ensayado esas palabras durante toda la tarde. Para eso se trabaja. Para estar preparado ante cualquier situación inesperada. Dije:

—Nada de esto habría sido posible sin mi familia. Cuando concebí El Remanso, me pregunté: «Si viajase con mi esposo y mis niñas, ¿cómo sería el lugar perfecto para quedarnos? ¿Cuál es nuestro sueño?». Lo que ustedes ven a su alrededor es lo mejor que pude imaginar para la gente que amo.

Ahora, Liliana tiraba de la falda de una señora. Su nana, Pascuala, había aparecido por fin, y trataba de llevarse a la niña mientras aplacaba a su víctima. Los reclamos de la mujer llegaban hasta mis oídos. Pero nadie más en esa sala parecía oírlos. Del otro lado, mi esposo seguía coqueteando con la camarera. Ahora, parecía que un botón de su saco se había enganchado en la bandeja. O algo así.

Y los dos se reían. Cambié mi discurso para ver si al menos así me escuchaban. Dije:

—Rodolfo, tú has sido un apoyo fundamental durante todos estos años, siempre a mi lado, siempre creyendo en mí. Gracias por tu fe y tu compañía, tu amor y tu amistad.

Él se sintió descubierto. Me sonrió y alzó su copa en mi dirección. Su sonrisa brillaba mucho menos que la de unos segundos antes. Pero al menos dejó de hacer tonterías. Yo continué:

—Liliana, hijita, gracias por tu paciencia en todas mis jornadas de trabajo, que a veces se han prolongado hasta tarde. Perdóname por todas las noches en que no te he contado un cuento antes de dormir. Por no ayudarte con tus tareas. Estaba ocupada construyendo un lugar perfecto para nosotros.

Liliana ni se enteró de que yo le hablaba. Ahora mismo, peleaba con su nana. Quizá quería organizar un incendio o conducir un coche y la otra no se lo permitía. Los gestos de Pascuala le pedían a mi hija «baja la voz, por favor». Ni siquiera le exigíamos comportarse. Nos conformábamos con que se portase mal sin llamar la atención.

Comprendí que en mi discurso faltaba un nombre:

—Y Patricia...

Estuviese o no entre el público, tendría que mencionar a mi hija mayor. Todas las Mari Gabis del Río en la sala habían asistido al evento en

busca de carne fresca para alimentar a sus jaurías de chismosas. Obviar a mi hija habría sido un festín para esas brujas. Pero ¿qué quería decirle a Patricia? ¿Qué debía decirle? ¿Qué podía decirle?

—Patricia, a veces te exijo demasiado, porque me lo exijo a mí misma. Quiero que des lo mejor de ti, porque sé que tienes mucho que dar. Yo no nací en cuna de oro. Tuve que trabajar muy duro para conseguir lo que tengo. Y este lugar es el símbolo de lo que podemos lograr cuando nos lo proponemos. Quiero que te propongas muchas cosas porque puedes hacerlas todas realidad. No lo olvides.

Mientras sonaban los aplausos, la noche fue cayendo sobre nosotros. Todas esas caras sonrientes, llenas de dientes blancos; todas esas joyas colgando de los cuellos y las muñecas; las alfombras rojas; los cuadros caros; las copas brillantes; los peinados esponjosos empezaron a perder color de repente.

Yo diría que el primero fue Rodolfo. Me había quedado mirándolo a él, como suplicando su ayuda. Desde los bordes de la multitud, una corriente de malestar se le fue aproximando. Alguien llegó a su costado y le dijo algo al oído. De repente, su rostro cambió de expresión. Se endureció. Pali-deció. Algo salió de sus labios, algo como un insulto o un grito, aunque no llegó hasta mis oídos. Solo lo vi a él, avanzando entre los cuerpos y sus perfumes, acercándose a mí. A cada paso suyo, otras personas

iban transformándose, preocupándose, enfureciéndose, angustiándose. El mal humor se convirtió en una marea que amenazaba con tragarme. Aún seguía a mi lado Inés, que no había percibido el tsunami, y su voz sonó en el micrófono, desentonando por completo con la melodía que yo comenzaba a oír:

—Ahora, ¡a divertirse!

Dos movimientos se mezclaron en la sala entonces. Por un lado, los brindis y la música del *DJ*. Por otro, el pantano de dolor que me rodeaba. Dos corrientes chocando en un río revuelto, conmigo en el centro. Escuché mi nombre:

—Maritza. Para. Para todo esto.

—¿Qué pasa? ¿Por qué? Es mi noche especial..., es mi gran noche.

—Ha ocurrido algo, Maritza. Una muy mala noticia.

—¿Tiene que ser hoy? ¿Qué puede ser tan malo que no pueda esperar a mañana?

Recuerdo el resto de esa noche como una tormenta de palabras. Términos nuevos en mi vida, que de repente caían a mi alrededor como un granizo de hielos puntiagudos: «conmoción», «contusión», «hemorragia», «laceración del cerebro», «cerebelo» y «tallo encefálico», «nivel vertebral».

Según los médicos, Patricia había estado bebiendo antes de conducir. No demasiado, pero suficiente para perder el sentido del riesgo. Iba demasiado rápido. Casi a ochenta en vías

residenciales. En algún punto del malecón de Barranco, tomó mal la curva y se trepó en una rampa, que la hizo saltar sobre un pequeño muro. El carro —sí, el Alfa Romeo que yo le había comprado demasiado pronto según mi marido— dio una vuelta de campana y cayó sobre su techo, aplastando a mi hija en su interior.

La ambulancia había tardado veinte minutos en llegar. Después de sacar a Patricia de la carrocería destrozada y confirmar sus signos vitales, la habían intentado reanimar en marcha, sin éxito. Ya en quirófano, les había costado dos horas detener la pérdida de sangre. Cuando yo llegué al hospital, seguían intentándolo.

Mientras me explicaban los detalles, en una sala de espera del hospital Casimiro Ulloa, yo seguía vestida de rojo Carolina Herrera y oro blanco. Era la mujer más elegante de la sala de emergencias. Y la más confusa. Hacía sumas y restas con las horas y los minutos que me decían. Y me repetía a mí misma sin cesar:

—Se estrelló en el malecón de Barranco. O sea que venía a mi fiesta. Sí que iba a venir. Quizá por eso manejaba tan rápido, porque no quería llegar tarde.

Era un pensamiento extraño. O no. No sé quién dicta lo que hay que pensar en estos casos.

El primer objetivo de la noche era sacar a Patricia viva del quirófano. Un ejército de médicos y enfermeras entraba y salía de ahí con prisas,

golpeando la puerta cada vez. Cada uno de esos golpes detenía mi respiración. Si todo salía bien, el proceso de recuperación tomaría mucho tiempo y cada avance resultaría imperceptible. Simplemente, la pasarían a otra sala, donde aún seguiría en peligro mortal. En cambio, si salía mal, solo nos darían la noticia y todo habría terminado. Así que *bien* no era bien. Pero *mal* sí era mal. Era peor. Pésimo. Terrible.

Rodolfo y yo mandamos a Liliana a casa con Inés y su nana. Nos quedamos esperando noticias en una sala color verde claro, frente a un televisor eternamente puesto en los resúmenes deportivos. Juraría que Rodolfo prestó atención a las reseñas de un par de partidos de fútbol. Pero ni siquiera levanté la cabeza. No quería confirmarlo.

Mi esposo y yo nos tomamos de la mano con fuerza y nos sentamos en dos sillas duras e incómodas. A pesar de la angustia, noté que llevábamos mucho tiempo sin tomarnos de la mano. Había olvidado su textura rugosa y firme, los pelillos en el costado exterior, cerca de la muñeca, y el tacto del anillo de bodas, que esta vez me pareció hecho de un metal muy frío.

Casi eran las dos de la mañana cuando se abrió la puerta, esta vez de par en par, y salió una camilla cubierta con gasas y sábanas. La paciente llevaba máquinas y máscaras, como de oxígeno. A pesar de eso, reconocí a Patricia. La habría reconocido aun sin verla, por sexto sentido materno. Traté de

hablarle, o de hablar con un doctor. Pero en cuestión de segundos, el ascensor del primer piso se había tragado la camilla. Y todo el equipo de uniformes blancos se había dispersado por los pasillos. Antes de que desapareciese, noté que uno de los uniformes iba manchado de sangre. No quise aventurar qué significaba eso.

Ya habían pasado como diez minutos, y toda una repetición de los resúmenes deportivos, cuando un médico con gorro y guantes salió a atendernos.

—¿Señores Fontana? Por aquí, por favor.

Nos hizo pasar a un consultorio lleno de cajas de medicinas y vademécums clínicos. Recién entonces percibí el olor químico a hospital. Es un perfume parecido al de la muerte.

—¿Qué va a pasar, doctor? ¿Estará bien Patricia? ¿Podrá caminar? ¿Cuándo saldrá de aquí?

Mis propias preguntas asumían escenarios optimistas. Daba por sentado que mi hija saldría de ahí. Y que lo peor que podía pasarle era quedar condenada a una silla de ruedas. Dicen que cuando recibes la noticia de la muerte de un familiar, no la entiendes. Tu mente no está equipada para procesarla. Y te quedas preguntando al médico: «Pero ¿se siente bien? ¿Cuándo podré verlo?». Nuestro cerebro esquiva las desgracias, les huye, intenta borrarlas.

El médico nos informó:

—Las piernas de Patricia no han sido afecta-

das. Están un poco magulladas, pero la circulación es normal.

A continuación, el doctor nos ofreció una larga lista de cosas que estaban en su sitio. Casi salto del asiento a cada nueva revelación, como si hubiese grandes razones para celebrar. «¡Yuju! ¡Sus piernas están bien! ¡El bazo no le ha reventado! ¡La hemorragia del hígado está controlada! ¡Yupi!».

Al final, comenzaron a brotar de sus labios otras palabras. Las más difíciles de decir. Y de escuchar. Las había dejado para el postre. Quizá se proponía atenuar su efecto con un montón de entremeses irrelevantes.

La peor palabra de todas era «traumatismo craneoencefálico».

No: la peor de todas era «coma». Hasta ese día, para mí, esa palabra solo había designado un signo de puntuación. Una pequeña pausa entre dos palabras. En medicina, en cambio, significaba «punto y aparte». O quizá «punto final».

Después de la charla, el médico nos acompañó a cuidados intensivos, donde Patricia pasaría los siguientes días. La encontramos en medio de una sala sin ventanas, casi un escaparate de personas enchufadas a máquinas, como electrodomésticos humanos. Llevaba la cabeza envuelta en vendas. La poca piel expuesta al aire libre tenía un tono entre morado y rojo. Por lo demás, parecía dormida. Quise pensar que a lo mejor se despertaría de repente. O despertaría yo de esa pesadilla.